

co, medio filósofo, medio elegante; era la mitad de todas las cosas.

Era cobarde, pero asistía á los duelos como testigo con admirable serenidad; conocía todos los pormenores de estos lances, ménos el pormenor de ponerse en guardia delante de un enemigo; era un duelista consumado, que no se había batido nunca.

Sus amores eran también medios amores; se contentaba con una mirada, con una sonrisa, con un saludo. ¿Podrían creer que era amado?..... pues ya estaba contento.

Miguel era otra cosa..... quizá todo lo contrario: se había reclinado, digámoslo así, en su vida y se mecía con la indolencia indiferente del que nada desea; era un artista que se había obstinado en poetizar la pobreza. Probablemente soñaría mil cosas, pero debía creer que las ilusiones son de vidrio y la realidad de bronce, y no quería acercar la realidad al deseo, temeroso de que el bronce rompiera el vidrio.

Toda su actividad la empleaba en perseguir á Matusalem, y éste se desesperaba más de no poder convencerlo que de verse

perseguido; lo veía como un tesoro que iba á perderse en el abismo; porque, á su modo, también Matusalem era artista, y quería que tan buena alhaja tuviera un soberbio estuche.

Estos dos hombres, puestos frente á frente, habían entablado una lucha encarnizada, en la cual Matusalem llevaba la peor parte, porque siempre caía debajo.

—Es posible, dijo éste, que por no tener, no tengas ningún vicio; pero te equivocas grandemente acerca de tu virtud, porque tampoco tienes ninguna.

—Por lo que hace á los vicios, replicó Miguel, te concedo completa autoridad, y sería una injusticia negarte la competencia; pero en cuanto á las virtudes, ¿qué entiendes tú de eso?

—Mira..... de seguro tienes á tu madre sumergida en todos los horrores de la miseria, después que la infeliz consumió su pequeño patrimonio por darte una carrera, que no has concluido.

Miguel se entristeció, y bajando los ojos, dijo:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

—¡ Ah! mi madre.....

Matusalem creyó que acababa de poner el dedo en la llaga; que habia tropezado al fin con el resorte oculto que podia poner en movimiento aquella máquina, entorpecida por la miseria, y cargando la mano, añadió:

—¡ Sí, tu madre!..... ¡la dejas morir de hambre!..... no solamente eres un mal hombre, sino un mal hijo.

Miguel se pasó la mano por la frente, y el otro prosiguió:

—¿ Te avergüenzas al fin?..... ¿ comprendes al cabo toda la extension de tu ignominia?..... Con sólo querer, puedes rodearla de comodidades, desde una doncella que la cuide hasta un coche que la pasee. Habla, habla.

— Mi madre, exclamó Miguel, dando un profundo suspiro, murió hace dos años.

— Lo comprendo perfectamente; ¿ qué habia de hacer la infeliz viuda más que morir? Se murió por salir de tí.

— Te equivocas..... todavía no ha salido de mí, porque la llevo en mi corazon.

— Mejor sería que la hubieras llevado en

coche, y no habria cerrado los ojos por no verte. Una vez que ha muerto, déjala en paz, y no la llesves ni la traigas debajo de las solapas raidas de ese gaban vergonzoso. Tu miseria no respeta ni el sepulcro.

— Mi ódio, replicó Miguel, arqueando la boca para dar á sus palabras la expresion del desprecio, se convierte en lástima. Debias haber nacido reptil, y has nacido hombre; la naturaleza suele incurrir en monstruosas equivocaciones.

— Muy bien; estoy acostumbrado á tus extravagancias y no me hacen mella; para tí estoy hecho á prueba de bomba; pero tú, sér racional, hombre hecho y derecho, rey de la creacion, ¿ de qué vives? ¿ cómo vives? ¿ por qué vives?

— ¿ Acaso vivo?

— Entónces, ¿ por qué no te mueres?

— He pensado seriamente en ello.

— ¿ Y qué has sacado en limpio?

— Que debo vivir.

— Será curiosa la razon.

— Muy curiosa.

— Una razon digna de tí. Dila, dila.

—He averiguado.....

—Veamos.

—Que nacer es una locura.

—Cierto; sobre todo nacer pobre.

—Al mismo tiempo he caído en la cuenta.....

—¡Cuenta! ¿qué sabes tú lo que es una cuenta, si no tienes con qué pagarla?

—Digo que al mismo tiempo he caído en la cuenta de que morir se es una tontería.

—¡Demonio! pero para vivir es preciso vivir; y tú, sepultado en ese gaban y cubierto con ese sombrero, eres un cadáver ambulante..... lleno de vida eso sí, pero un cadáver.

—Pues bien; este cadáver, ya que incurrió en la locura de nacer, no caerá en la tontería de morir.

—Comprendo por qué no te has muerto, y siento en el alma que hayas sacrificado tu descanso eterno á semejantes escrúpulos; pero, ¿cómo vives?

—¿Cómo? ¡Bah! ése es mi secreto.

—Tus amigos huyen de tí porque los

avergüenzas con tus harapos; tienes la insultante dignidad de la miseria; pero, en honor de la verdad, tú nunca nos pides nada. ¡Ah, si nos pidieras, tendríamos el placer de no darte! pero así no encontramos desquite.

—Yo soy rico, exclamó Miguel con orgullo.

—¡Rico!

—Sí.

—De seguro que fundas tu riqueza en alguna teoría absurda.

—No lo creas; en un hecho constante.

—Explícate, si puedes.

—El pobre va siempre detras de un duro, que necesita; el rico, detras de un millon, que le hace falta; los bolsillos del uno y del otro son dos capacidades que nunca se llenan.

—Bien, ¿y qué?

—Nada; que el más rico es el que menos necesita, y el más pobre el que más busca; yo no necesito ni un millon ni un duro; luego.....

—Pero bien; ¿con qué te mantienes?

—¿Con qué? con estas piernas, más fuertes que las tuyas.

—Conozco algunos cuerpos gloriosos como el tuyo; tú vives en los garitos, donde sólo ganan los que no tienen nada que perder. ¡Ah, ah! hueles á *timba*. Para burlarte de la sociedad de la manera que lo haces es preciso que salgas de algun *burlote*. ¡Infeliz! añadió con acento dramático; tú *levantas muertos*.

Miguel hizo un movimiento de cólera tan expresivo, que Matusalem dió un paso atrás; mas debió parecerle sumamente ridículo el miedo de su amigo, porque su cólera estalló en una ruidosa carcajada.

—Iba á cometer la torpeza de enfadarme, dijo; pero eso sería concederte un honor que no mereces; tu lengua de víbora se agita inútilmente contra mí.

En aquel momento entró por el extremo de la calle una elegante berlina, arrastrada impetuosamente por dos soberbios caballos, cuyas bocas, entreabiertas por la presión del freno, humeaban como bocas de horno; la berlina se deslizaba sobre el pavimento como

una pluma, adelantándose hácia los dos amigos, que se contemplaban como dos adversarios que se examinan y se miden un momento ántes de acometerse.

Miguel esperaba el golpe de su contrario con la desdeñosa tranquilidad del tirador que está seguro de pararlo, ó más bien con la calma del que lleva el pecho guarnecido con una coraza impenetrable, y Matusalem buscaba con avidez un punto débil donde clavar el puñal de su lengua.

No debió encontrarlo, porque, encogiéndose de hombros, le dijo:

—Bien; puesto que has perdido todo género de vergüenza, nada tengo que hacer contigo; pero, si queda en tu alma algun resto de pudor, arréglate ese sombrero, horrosamente *apabullado* por tu hazaña; y si te importa poco el desprecio del mundo, no seas, á lo ménos, objeto de la risa de los transeuntes.

Al oír estas palabras, Miguel, por un movimiento irreflexivo, se llevó la mano á la cabeza y se quitó el sombrero, que en efecto se hallaba hundido, doblado casi por la

mitad, de resultas del golpe que media hora ántes habia sufrido contra el paraguas de Matusalem; y metiendo la mano en el hueco de la copa, trató de ponerlo en órden.

En esto llegó la berlina y se detuvo; Matusalem volvió la cabeza y vió aparecer en el vidrio el rostro de una mujer que indudablemente habria sido muy hermosa, y que sin ningun género de duda estaba empeñada en no dejar de serlo; y lanzándose á la portezuela del coche, exclamó:

—¡Ah, mi querida Marquesa!

La Marquesa bajó el cristal y dejó ver un conjunto de graciosas facciones, finas, correctas, distinguidas, hábilmente realzadas por los primorosos caprichos de su tocado, por un color de nacar tímidamente sonrosado, por unos ojos llenos de dulzura, por una sonrisa llena de vida.

No estaba allí la juventud, pero estaba la belleza, y más que la belleza, la gracia, que es la belleza suprema.

Aquella mujer sacó una mano, cuyos contornos se señalaban al traves de la fina piel

de un guante de niña, y tendiéndola hácia Matusalem, le dijo:

—Amigo mio, lo he visto á V. y he hecho detener el coche para llevármelo; voy de compras, y hoy me es V. indispensable.

—Señora, exclamó Matusalem oprimiendo suavemente la mano de la Marquesa, no deseo más que complacerla.

—Suba V., suba V. Hoy no le suelto; comerémos juntos y hablarémos mucho.

—¡Oh! sí, ya lo creo, ya lo creo, dijo Matusalem abriendo la portezuela y poniendo el pié en el estribo del coche.

Al mismo tiempo miró á Miguel, que permanecía con el sombrero en la mano á dos pasos de la berlina, contemplando á la Marquesa, y le dirigió las siguientes palabras:

—Señor mio, tenga V. paciencia; hay muchos infelices á quienes socorrer, y todos los dias no se puede.....

Y como asustado de lo que acababa de decir, se precipitó en el coche, cerrando detras de sí la portezuela.

— ¡Ah! ¿es un pobre? preguntó la Marquesa.

— O un vago, contestó Matusalem.

— No importa, dijo ella; cuando pide es por que lo necesita.

Y asomando su hermosa cabeza, animada por la sonrisa más dulce del mundo, arrojó á los piés de Miguel una moneda de oro, diciéndole:

— Tome V., pobre jóven.

Al mismo tiempo los caballos partieron al gran trote.

Nuestro hombre, á quien habian puesto pálido y trémulo las últimas palabras de Matusalem, sintió ahora que toda la sangre se le subia á la cabeza, y comprendió, por el calor de sus mejillas, que debia tener el rostro encendido como la grana.

Sin saber lo que hacia, puso el pié sobre la moneda de oro, que delante de él brillaba entre las piedras, y la gente que pasaba se le quedaba mirando con esa impertinencia con que todas las gentes del mundo miran lo que no les importa.

Por los rayos de sus ojos se colegia que

estaba iracundo, en ese momento en que la ira atropella por todo; mas por el color encendido de sus mejillas se veia que estaba avergonzado, en ese momento de vergüenza en que quisiéramos que la tierra se abriera y nos tragára.

Al fin debió tomar una resolucion, pues poniéndose el sombrero con tal furia que se le caló hasta las orejas, dobló el cuerpo, cogió la moneda, y apretando los puños, echó á correr detras del coche, murmurando entre dientes:

— ¡Infame, infame!